

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
ILMO. SR. DON ANTONIO ENRIQUE
EN LA INAUGURACIÓN
DEL CURSO ACADÉMICO 2016-2017

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 17 DE OCTUBRE DE 2016

GRANADA
MMXVI

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada

Depósito Legal: Gr/1139-2016

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ANTONIO ENRIQUE

MANUEL VILLAR RASO:
DE LA CASTILLA ANCESTRAL
AL ÁFRICA INSONDABLE

Sr. Presidente,
compañeros de Academia,
Sras. y Sres.:

CUANDO, a finales de los 70, Manuel Villar Raso alcanzó a leer la nota que en el capítulo 8 de *Los moriscos del reino de Granada* (1976) inserta Julio Caro Baroja sobre el Yuder Pachá y la conquista de Tombuctú en 1591, año 999 de la Hégira, por los descendientes de exiliados granadinos, no pudo imaginar, ni siquiera presentir, adónde le llevaría tal noticia, cuál sería la consecuencia de tan sucinta alusión. Hasta ese momento, Manuel Villar Raso, soriano de Ólvega, nacido en 1936, era un recién llegado a Granada con el fin de impartir clases de literatura anglosajona en su Facultad de Letras, tras un periplo por otras universidades de Norteamérica (Temple, Filadelfia) y Canadá (Edmonton). Había publicado una novela entre culturalista y experimental al uso de aquellos años, *Mar ligeramente sur* (1975), que había resultado finalista en el Nadal, a la que siguieron otros libros: *Hacia el corazón de mi país* (1976) y *Una república sin republicanos* (1978). Pero era un escritor apenas conocido, uno de tantísimos autores llegados a Granada con fines profesionales y a su mismo departamento, como Luis Carlos Benito Cardenal creo recordar, Leocadio Marín y Juan Antonio Díaz, o el propio Tomás Ramos Orea, que fue quien a todos me presentó. Hubo de aguardar a la publicación de *La Pastora, el maqui hermafrodita* (1978) y *Comandos vascos* (1980), amén de *El laberinto de los impíos* (1981), para adquirir una cierta notoriedad, y en Granada, más por sus colabo-

raciones en prensa y su carácter dinámico y emprendedor hacia todo lo literario que por su estricta obra literaria. Pero la publicación de *Las Españas perdidas* en 1984 todo lo trastocó para bien, logrando una aquiescencia pública y una notoriedad literaria como antes no había adquirido.

Las Españas perdidas narra la égida, la insólita aventura de cuatro mil descendientes de moriscos granadinos que, bajo el mando de Yuder Pachá, morisco oriundo de Cuevas de Almanzora, atraviesan, en tiempos de Felipe II, el Gran Sahal por el Tanezrouft, la ruta de las lágrimas, y a costa de incontables penalidades logran tomar la ciudad prohibida de Tombuctú, cabeza de un imperio en la curva del Níger, y de cómo allí se asentaron, erigieron una mezquita y dejaron un testimonio de heroísmo y virtud hasta nuestros días. Una biblioteca con miles de manuscritos, milagrosamente conservada, el llamado “fondo Kati”, da fe de la vida de aquellos granadinos ex illis y sus descendientes, quienes en Tombuctú izaron ese ensueño de su Mezquita, donde la Alhambra resuena con eco de invencible nostalgia; siglos después, sería el mismo Antoni Gaudí quien, sirviéndose de reproducciones en estampas diversas, basaría la sublime fantasmagoría de sus arquitecturas. Estaba, por entonces de la elaboración de *Las Españas perdidas*, quien esto escribe terminando de fijar *La Armónica Montaña* (1986), donde se narra esta gesta en uno de sus episodios, sin saber aún el empeño simultáneo de Villar Raso, y esta coincidencia, y su amabilidad, y su generosidad siempre para conmigo, nos unieron en una amistad para siempre, de la que me honro. Villar Raso atravesó múltiples veces el Desierto por tan temible ruta y ello fue el detonante de una obra impar. Tombuctú, la mítica ciudad donde hasta años antes

de la llegada de nuestro escritor los occidentales tenían prohibida su entrada, fue, para Villar Raso, la puerta de África que le llevaría, en creciente fascinación, a un ciclo narrativo insólito en la literatura española contemporánea.

La África prodigiosa, la África umbría, la más misteriosa e ignota, late así, como un deslumbramiento, en las novelas *Donde ríen las arenas* (1994), *El color de los sueños* (1998) y *La mujer de Burkina* (2001), además de los libros de relatos *África en el silencio* (2007) y *Las montañas de la luna* (2008) y el ensayístico *Ser mujer en África* (2005), texto a caballo entre la reflexión y el viaje. En *Donde ríen las arenas*, lo que causa vértigo es el procedimiento narrativo en contraste con el tema. Esto es, su técnica, de un lado, es modernísima, con algunas incursiones en el *dirty realism*, mucho más presente la crudeza de Paul Bowles que el aire exótico de los autores colonialistas de la tradición europea como puedan ser Pierre Benoit o el propio Pierre Loti, y más cercano en su estilo y perspectiva a Juan Goytisolo o Ramón Ayerra que los ya lejanos celebérrimos Galdós o Alarcón, en sus respectivos libros de guerras imposibles. El asunto, por otro, es el referente a un país devastado, paupérrimo, donde la belleza de “los colores de sus cielos y la inmensidad desnuda de sus campos, un hermoso sueño, no de vida, sino de cómo acabar tus días”, está siendo aplastada por la voracidad de franceses que venden armas, chinos que depredan su arroz, o de japoneses que extraen uranio a cambio de unas latas de sardina caducadas. En este marco humano, donde la población tiene una expectativa de vida de treinta y cinco años y se siguen produciendo infamantes prácticas como la ablación, con ciudades inmundas donde se hacían gentes

a las que se les ha robado todo signo de identidad y las cloacas discurren a cielo abierto, virulenta y hermosísima surge la historia de la extraña pasión de dos europeos por una muchacha dogón, rescatada en las calles de Bamako, a donde ha venido a parar huyendo de la violencia y opresión ancestrales en su poblado. Serena, impredecible, absolutamente enigmática, con amor en constante lucha con el miedo, delicada y a la vez valerosa, dulce y salvaje a un tiempo, pero subyugante siempre, Assiata, esta mujer, es un personaje femenino inmenso, acaso único en la narrativa española sobre África.

Por lo que hace a *El color de los sueños*, África vuelve a palpitar en todo su poder de devastación y misterio. Detonante de esta novela fue la visita que el autor giró al pintor Miquel Barceló en el país de los dogón a través de Mauritania y más allá de Malí, en compañía del también pintor Jesús Conde, cuyas conversaciones mutuas resuenan en los diálogos con el personaje protagónico, Miguel Romero, símbolo de la autofagia artística en su realidad descarnada y arrolladora. Por lo demás, y dado que la literatura de Villar Raso presenta dos rasgos enaltecedores de su mundo narrativo, que son la denuncia de la inhumanidad social allá donde se encuentre, y la atención al universo femenino, cuyos resortes anímicos y vitales supo plasmar de forma plástica e insuperable, en la novela que nos detiene es Marina Romero, hija de Miguel, quien se erige en personaje regulador de la sugerente trama, que alcanza valores psicológicos de primer orden en su búsqueda del padre desde la lejana Granada, al que había perdido la pista desde hacía veinte años. Marina pierde a su pequeña hija en tan desafortunado viaje. Pero, cuando

encuentra al padre, lo que verdaderamente halla es a la hija que descubre éste tiene, con lo cual se inicia un sutil proceso psicológico de suplantación anímica de la hija muerta por esta otra que en realidad es su hermanastra, para operarse el cual, y reconciliarse con la vida, ha de renunciar tanto a su padre carnal como al hombre que se le brinda como pareja, esto es Fabricio, el marchante poseedor de una labia habilidosa y un discurso sapientísimo. Porque aceptar a este último hubiese supuesto seguir alimentando, en esta tesitura, su pulsión electriciana. Así pues, lo uno es correlativo de lo otro, la renuncia afectiva por un lado y África por otro, presentada como un Moloch que devora a sus hijos y tritura la sensibilidad de quienes se adentran en sus tinieblas. Ambas realidades, la individual o psicológica, y la del medio social esquivo, en suma la mujer y África, se funden al punto de mimetizarse. *La mujer de Burkina*, por último, novela postrera de lo que bien puede calificarse de trilogía, incide en la soledad de quienes eligen trabajar contra la enfermedad y la muerte, en la entraña misma del África más recóndita y desesperada. Un médico, una mujer blanca que pretende su amor imposible, otras mujeres que huyen de la desesperación de sus vidas mediante la posesión de este médico humanísimo, un hospital miserable, unas enfermedades endémicas que se encarnizan con los abandonados a su suerte. Es Burkina nuevamente con su desesperante negritud y en su más desconsolado rostro.

Hay dos Villar Raso narrativos: el de *adentro* y el de *afuera* de sus ancestros castellanos y por extensión españoles. El de dentro ha producido novelas copiosas, de un extremo lirismo ambiental, con dicción serena y amplio espectro de registros. Su arquetipo es *La casa del corazón*

(2001), donde evoca, de manera entrañable, su infancia en Ólvega, con su galería de tipos verdaderamente inolvidables. Pues ¿cómo olvidar a personajes como el maestro don Tiburcio, la loca Erendina que mordía los cables de la luz, el maqui Cagones o el hacendado don Evaristo? Con morosidad y una matizada nostalgia, va desgranando las estampas de aquel tiempo y lugar, con detalle que implica una memoria formidable. Y sin embargo, no idealiza. El espíritu recio donde esta humanidad se implica no permite devaneos con un pasado del que mucho hay que lamentar, por más que a la pobreza no se le echen cuentas en la infancia. La de Manuel, a todo esto, fue bien difícil. Más de una vez pastoreó las ovejas de la familia. Y la muerte prematura de su hermano David en la mina Petra, a los treinta años, marcó su vida entera. David desempeñaba el cargo de enlace sindical para la mejora de los mineros. Fue, de hecho, el modelo vital de Manuel, que era su hermano pequeño. Nunca le olvidó, su fotografía bien cerca estaba siempre de su mesa de escritorio: un joven de apariencia esbelta y ojos inequívocamente inteligentes, de mirada más bien dulce.

Es, en este costado narrativo de lo de adentro, donde se insertan, además de las ya citadas *La Pastora* y *El laberinto de los impíos*, esa fiesta sensitiva de *Últimos paraísos* (1986), donde lo que pudo ser una discordia permanente, a la vuelta desde Norteamérica de su protagonista a una España infestada de resentimientos familiares, acaba en una reconciliación memorable. Como también esa incursión en la novela histórica *El último conquistador* (1992), trasunto del adelantado José de Gálvez que, con un desarrapado ejército de mil quinientos hombres enfebrecidos por la búsqueda

del oro, toma buena parte de lo que hoy es California. Ahí el delirio de las pasiones humanas, desencadenadas en un grandioso paisaje de ríos mortíferos y montañas vertiginosas. Novelas, éstas de interior, a las que habría que sumar, en mi opinión, las desplazadas al sur peninsular, como *Encuentros en Marbella* (2002), donde se denuncia una trama de altas finanzas en un mundo degradado de clubes exclusivos y restaurantes de moda, *La larga noche de Ángela* (2004), en la que esta mujer logra vengarse del asesino de su marido, a quien había matado éste por venganza, novela de una Granada visceral y profunda, caótica y desconocida, plasmada a trazos de cine negro, y *Desnuda en lo real* (2008), también ubicada en Granada. En todas ellas es la sutil introspección del universo femenino lo que resalta, con su complejidad poblada de infinitos matices, ámbito psicológico en el que Villar Raso es un maestro insuperable. Vienen a constituir, así pues, estas tres novelas, grandes frisos humanos elaborados con técnica realista.

Otra novela finalmente, *El zulo de los elegidos* (2010), vendría a constituir un híbrido de ambas vertientes de su obra, lo de adentro y lo de afuera, lo castizo y lo foráneo, y de aquí su relevancia. Pues, si de una parte su temática se inscribe en lugares propios de su origen vital, con lo que comporta ello de memoria colectiva, de otra su estilo y técnica quedan inmersos en el procedimiento de las novelas pertenecientes al ciclo africano: estilo sincopado, con la pauta de la espontaneidad y naturalidad como primera impronta, e imágenes desgarradas y precisas, dentro de una atmósfera densa e irreal. Y en cuanto a la técnica, el equilibrio entre el antes y el ahora: es decir, la sincronicidad con los hechos y el flashback permanente, trenzándose en la crónica diaria

de los 265 días del secuestrado por la banda terrorista vasca en la angostura de un zulo de 1'80 por 2'60, más parecido a un nicho angustioso; esto es, lo que pasa en relación a los secuestradores, el trato vejatorio que éstos le deparan, y lo que al secuestrado le está pasando por la cabeza, sus recuerdos, sus impresiones y cavilaciones, y más tras el detonante de su relación con una de las secuestradoras, no sabe cuál, pues llevan la cara encapuchada. Lo cual otorga al protagonista un curioso contrapunto escénico: avanza en rotación (esto es atornillándose a sí mismo, atado a sus congojas y rememoraciones) en monólogos muy fluidos sin embargo, al tiempo que la acción se desplaza en traslación (sujeto a los inciertos acontecimientos diarios). Basada en la realidad del industrial secuestrado Emiliano Revilla, quien no permitió usar su nombre a pesar de ser paisanos, la novela consigue provocar claustrofobia, como un efecto mimético. Su presentación, con todo, escora hacia este su segundo modo narrativo, el del ciclo africano, caracterizado por el estilo recortado y versátil, pleno de fuerza expresiva, con especial recurrencia en el efecto de elusión, además de un ritmo acelerado, casi en punto de fuga, y los recursos ampliamente asumidos provenientes de la tradición norteamericana, principal de los mismos la estética *pobre* sólo en apariencia: el desgarrar, rehuir la sensación de acabamiento formal, la espontaneidad como fuente de seducción literaria.

Rasgos todos que se avienen y ajustan a la perfección al perfil literario de Villar Raso, quien perteneció a la estirpe de escritores en quienes la pasión de contar excede al cuidado estricto de la forma, como arrollado por cuanto sigue, en un desbordamiento expresivo constante. Y, claro,

hay mucho en él de barojiano a este respecto, pero de un Baroja pasado por Hemingway. Yo diría que la cualidad más personal de Villar Raso es la “sed de trama”, la apatencia por el párrafo siguiente. Ello es en él un instinto. Si no fluye velozmente, se diría que se empantana. Va recto, sin entretenerse. Directo a la entraña misma de la acción. Porque pareciera que si se detiene pierde impulso, y los matices que desea plasmar se diluyen y no vuelven. Es un fascinado por la acción Villar Raso, un hechizado por la fuerza narrativa que la vida lleva implícita. Y ello, esta pulsión, es lo que en él crea ese estilo poderoso, nunca recalcado ni pulido, sino elegante en su desaliño, pero nunca hirsuto ni austero, pues se nos presenta coloreado y dinámico, musical a fuerza de compensado y vibrante. Y así, con estos mimbres, se nos presenta *Las señoras de Paraná*, culminación de toda su obra, terminada de imprimir en una modesta, aunque decorosa, editorial, el 30 de diciembre de 2013, a contados meses ya del fallecimiento del autor.

Su acción transcurre en Brasil, país por el que sintió pasión en el crepúsculo de su vida, y cuya densa atmósfera, selvática y prodigiosa, alcanzó a plasmar con un ahínco y seducción muy cercanos a lo visionario. Transcurre en el Brasil de Jorge Amado y en la bisagra de un siglo con otro, el XIX colonial con el XX modernista, época de grandes convulsiones ideológicas y sociales en aquel continente aún virgen por entonces, país casi sobrenatural en la encrucijada de dos mundos, el de siempre, el aborígen, y el de las nuevas potencias depredadoras, esto sí con la melancolía de fondo que la literatura y musicalidad lusas imponen. Con esta obra, Villar Raso rinde tributo al realismo mágico,

no sólo de García Márquez y tantos otros apresados por aquel sueño de lo posible inverosímil, o al contrario, lo imposible verosímil, antes bien a su misma raíz, “lo real maravilloso”, según la visión lúcida de Alejo Carpentier.

Su argumento nos es expuesto por la voz narradora que se extiende a través de sus más de trescientas páginas: “Gabriela le había dado catorce hijos a su Ignacio Coimbra y nunca le amó. Eliana no llegó a perdonarle a Césare su desenfreno sexual con las ramerillas de Curitiba y las campesinas de San Geminiano, y nunca llegó a amarlo, aunque tuvo con él dos hijos. Marcela jamás quiso a mi papá Vincenzo Agnelli y nada más triste para él que este fracaso, nada más traumático para ella que casarse con un hombre a quien no amaba y con el que tuvo tres hijas”. Una de estas tres hijas, Rossana, es quien narra esta delirante y bella historia. Que tiene en los eslabones de estas formidables hembras —Gabriela, Eliana y Marcela— su sustento, y en el amor marital quebrado el ámbito en que se desarrolla. Con un antes, los amores de don Pedro de Oliveira por su esclava prodigiosa Sebastiana Vellozo, y el impacto emocional que supuso la venganza en ella de la que fuera su verecunda legítima Ana dos Praceres. Y un después, los fantásticos amores de la propia Rossana (hija de Marcela, nieta de Eliana y biznieta de Gabriela) con el micólogo Jan van Rijsted y el ornitólogo Édouard Baulieu en la Ilha do Mel, un paraíso de la vida primigenia. Las mujeres desquiciadas a lo divino de esta fascinante historia se casan con quienes no quieren y aman a quienes no deben, según las rígidas normas de aquel tiempo. Y todos los amantes son, además de alemanes la mayoría de ellos, afectos al mundo natural. El contraste entre la temperamen-

talidad estricta de ellos y la generosidad sensitiva y sexual de ellas, más la disparidad entre sus tipos de inteligencia, sagazmente intuitiva en ellas y pragmática y difusa en ellos, conforma la trabazón psicológica de estas páginas siempre al filo de la devastación anímica y el estrago amoroso.

Escrita con pasión, y tesón, con frases breves, punzantes, y un ágil y endiablado ritmo, con imágenes que impactan como piedras, con su misma contundencia, transiciones rápidas y eficaces asíndetos, y un aire de fascinación que todo lo transforma, traza su autor esta obra maestra en donde tragedia y ensueño conviven, como el odio y el amor más desafortados, pero también la soledad que queda tras el fuego que consume la vida en las mujeres, y el olvido que afecta a los hombres que amaron sin ser correspondidos. Un fastuoso lenguaje acompaña al mundo vegetal y animal de aquellas tierras pobladas de pájaros exóticos y árboles milenarios en la Ilha do Mel, pero también en las inmediaciones del Iguazú, y en los parajes entre Curitiba y Paranaguá, documentación de la que el autor hizo asunto exhaustivo, al tiempo que hurga en lo más ignoto de la condición humana, adentrándose, con el hilo de la saga femenina, en los orígenes de aquella gran nación, fundada en la esclavitud transoceánica, y hasta bien avanzado el pasado siglo, con sus excéntricas guerras de antepasados, sus negocios efímeros, las ruinas comerciales repentinas, las ambiciones, los sueños, la conmoción de amar, la premura por vivir y morir. Novela-río, pues, como ha sabido ver Gil-Craviotto, uno de los mejores estudiosos de la obra de Villar Raso, cuando cita, entre otros autores, a Roger Martin du Gard.

Trepidante la acción, detalladísimos los resortes emocionales que la propician en hombres y mujeres, se ramifica en mil peregrinos incidentes, se exfolia en una diversidad de registros tal que la sorpresa es continua, y la admiración, duradera. ¿De dónde le viene a este escritor su inventiva poderosa e inacabable? ¿Cómo es posible que se mantenga en tensión que no decae capítulo tras capítulo? ¿Cómo ha conseguido ahondar tanto, y certeramente, en la psique femenina? Estoy convencido de que lo que el realismo mágico sea, ha de ver, y mucho, con el lenguaje en relación al tiempo. El Tiempo se dilata en el realismo mágico, de manera que el lenguaje ha de abarcarlo con perspectiva amplia de los tiempos verbales y la concatenación de objetos sugestivos: los acontecimientos, así, quedan subsumidos en una atmósfera irreal, pero, a la vez, tan cercana que los hace posibles. Y por increíbles, no dejan de ser verosímiles. Es un procedimiento, el realismo mágico, mediante el cual el autor sitúa al lector en una disyuntiva permanente: lo que parece es, pero lo que no es también lo parece, parece cierto. Yo no dudo de que *Las señoras de Paraná* es la obra cumbre de Manuel Villar Raso. Pero también, que yo conozca, la mejor novela española motivada por el realismo mágico.

Manuel Villar Raso falleció el 23 de noviembre de 2015, a los 78 de su edad. Pilar Argáiz me refirió sus días últimos. Inapetente y decaído, no concebía la vida sin la pluma entre los dedos, a lo que se unió el dolor insoportable de su enfermedad, un dolor tan grande que los que lo conocen afirman que retrotrae al sufriente a una condición anterior a la del ser humano, pues no se es hombre, o mujer, del todo. Manuel había traducido a Walt

Whitman, el más grande poeta que ha tenido Norteamérica en su historia, y tenía, por así decir, el gozo de la vida metido en los huesos, la vida como afirmación de un esplendor entre la hierba; de tanto leerlo, creo yo, tenía la mirada tan limpia, la mirada del pastor que había sido de chico, y luego, como tantos sorianos de la estepa yerma castellana, había tenido que salir de sus lares para buscarse la vida donde fuera. Él lo hizo, a la salida del internado religioso donde estudió bachillerato, matriculándose ya de mayor como estudiante universitario. Y allí dejó la mitad de su alma, como suele decirse y luego contó en *La casa del corazón* y en el libro *Soria de mis sueños rotos*, que dejó inédito, como también dejó inédita la novela *Desirée Palma*, una muchacha colombiana enrolada en las Fuerzas Revolucionarias de aquel mágico país. Esa mirada limpia y casi azul es la que tenemos en el recuerdo cuantos tuvimos la fortuna de compartir su inmensa humanidad de hombre afable y expansivo, cuya ejemplar modestia le acercaba aún más a los humildes, a la gente buena adonde fuera que sus numerosos viajes le llevaran. El enamorado de las noches africanas, en las que el cielo inmenso parece un volcán silencioso vertiendo estrellas como si fueran lava, el seducido por las culturas aborígenes del mundo entero, el amante de los paisajes más solemnes, el incansable buscador en las galerías del alma femenina, fue un hombre sencillo por lo mismo que un escritor admirable: se trata de comprender, más que de condenar, se trata de saber que el espejo de Stendhal al fin no era tanto esa lámina que representa en su azogue los árboles del camino y los hombres y mujeres que transitan por el camino, como la conciencia, la conciencia humana reflejando lo

que de humano e inhumano hay en ella. Un espejo que es lo contrario que se nos ha dicho: no el cuerpo, sino al revés, el alma donde el cuerpo se representa, nos refleja a todos como en un sueño ficticio, pero también como una ficción tangible y turbadora.

Me he encaminado, días después de su muerte, a la casa donde estuvo su hogar, y el de Pilar su esposa, y de sus hijos David, Mani, Eloy y Pilar, y de sus nietos María, Jaime y Pablo, “mis tres amores” como dice en la dedicatoria de *Las señoras de Paraná*. En su cuarto de trabajo, situado en la segunda planta, todo estaba como lo dejó, sino con los papeles recogidos en el escritorio, una mesa rectangular con sendas sillas a ambos lados mayores; sillas austeras, no sillón, porque el escritor gustaba de escribir en permanente estado de alerta. Estremecía pensar que tales papeles recogidos en varios rimeros sobre el tablero pulido por el roce de las manos de Manuel en tantos años, cuidadosamente, por Pilar, ya no volverían a ser removidos por el escritor, como se hace a la vuelta de unas vacaciones, porque esta vez la vacación era para siempre. Los libros se aglomeraban en el testero de frente a la puerta de aquella sala oblonga, con recuerdos desperdigados por sus estantes, la fotografía de Bowles bajo el cuadro de Antonio Cremades y otra fotografía con su hermano David en blanco y negro. En el testero de la puerta, a la derecha, estaban los archivadores, junto al escritorio, y a la izquierda, adyacente al balcón, el viejo diván, arrastrado de casa en casa donde vivieron, en el que reposaba las siestas, tras leer hasta quedar traspuesto en el sopor de las tardes. Dos lámparas de tulipa azul prestaban una luz suave, limpia y fresca a la habitación donde Manuel pasaba las horas día tras día, y

así hasta que ya apenas pudo descender la escalera hasta el salón, donde le aguardaba Pilar y el sillón de siempre, con uno de sus reposabrazos tachonado por la quemadura de un cigarrillo desprendido del cenicero. Llovía intensamente aquella tarde-noche de mi visita, y el jardín que rodea la casa estaba silencioso y extrañamente vacío, con el único rumor del agua fluyendo de los aliviaderos como un reloj alborotado y monótono. Pilar me señaló, por la cristallera del salón, el porche donde el escritor tomaba asiento frente al césped. Desde allí, el altozano donde el Serrallo se ubica, Granada, en la lejanía, es un perpunte de luces titilantes por de noche y un clamor revestido de niebla los días de invierno, cuando se nos fue. Allí sentado pasó las horas que la escritura le dejaba libre, con su mirada azul de niño grande perdida hacia adentro, su sombrero blando y esa pipa recta con el cigarrillo en ristre de que gustó retratarse en la solapa de alguno de sus libros.

Todo había comenzado en 1984, año en el que, junto con la publicación de *Las Españas perdidas*, Villar Raso inicia, con el apoyo de la Universidad de Granada, la expedición a la Curva del Níger, compuesta por historiadores y arabistas, geógrafos y sociólogos, veinte miembros en total, razón por la que en la zona fueron conocidos como los “boro güaranka”, que en lengua bombara, predominante del lugar, quiere decir precisamente “veinte personas”. A costa de innumerables vicisitudes, que narró el periodista Francisco Viguera, destacado como reportero en la expedición, atravesaron los arenales del Sahel con sus dunas y lomazos, en donde quedaron embarrancados en más de una ocasión, hasta alcanzar Karabara, Burem y Tondibi, ya en el curso del río Níger, para, así, desde Gao, en el

norte del Malí, una de las ciudades más desamparadas de aquel mundo remoto, entrar por fin en la sagrada Tombuctú. En tan duro trayecto, tras el avistamiento de los tuareg, se entrevistaron con numerosos remotos descendientes de moriscos granadinos, como los Armas, conquistadores de aquella vasta región, cuyo río Níger debió recordarles el Guadalquivir, el wad al-Qebir de sus antepasados, por lo que allí se asentaron para siempre. La vida, al fin, amigos, no deja de consistir en la pulsión de una nostalgia incomprendible, la remembranza de una mejor patria, que para muchos no es sino la celestial de que hablaban los amigos de Platón. Manuel Villar Raso, en sus últimos momentos de la vida, tal vez recordase aquel Níger prodigioso que en Tombuctú transcurre caudaloso y verde, aquel Níger como un preámbulo del Guadalquivir de las estrellas, y acaso, entonces, no supo ya, en el umbral de esta vida con la otra, si por fin había llegado a ese lugar donde conducen todos los libros, allí donde ríen las arenas y las Españas perdidas no son más que el espejismo sublime de una bella ilusión.

Antonio Enrique
16 de junio 2016

NOTA BIOGRÁFICA DE MANUEL VILLAR RASO

Soriano de Ólvega, nacido en 1936, fue en su infancia pastor y estudió bachillerato en un internado. A los 22 años, y en Madrid, comenzó sus estudios universitarios. Residió en Granada desde 1977, en cuya Universidad ha ejercido como profesor de literatura norteamericana. Ha trabajado en Stoke-on-Trent (Inglaterra), Edmonton (Canadá) y Nueva York, así como en Barcelona. Doctor en literatura norteamericana por la Universidad de Madrid, es Master of Arts por la Universidad de Nueva York y profesor visitante en las universidades de Temple, Filadelfia, Hayward, California y Nueva Orleans. Ha presidido distintos congresos internacionales de escritores, impartido conferencias por España, Holanda, Grecia, Inglaterra y Estados Unidos, y dirigido distintas expediciones de la Universidad de Granada a África, colaborando, a su vez, en documentales televisivos sobre Mauritania, Malí, Burkina Faso y Níger.

Es autor de las siguientes novelas: *Mar ligeramente sur* (1975), *Hacia el corazón de mi país* (1976), *Una república sin republicanos* (1978), *La Pastora, el maqui hermafrodita* (1978), *Comandos vascos* (1980), *El laberinto de los impíos* (1981), *Las Españas perdidas* (1984), *Últimos paraísos* (1986), *El último conquistador* (1992), *Donde ríen las arenas* (1994), *El color de los sueños* (1998), *La mujer de Burkina* (2001), *La casa del corazón* (2001), *Encuentros en Marbella* (2002), *La larga noche de Ángela* (2004), *Desnuda en lo real* (2008), *El zulo de los elegidos* (2010) y *Las señoras de Paraná* (2013), así como de los libros de relatos *África en silencio* (2007) y *Las montañas de la luna*

(2008), además del texto ensayístico *Ser mujer en África* (2005). Inéditos dejó el libro de memorias *Soria de mis sueños rotos* y la novela *Desirée Palma*.

Ha traducido, asimismo, a Walt Whitman y Emily Dickinson. Activo colaborador en la prensa escrita, fue miembro distinguido de la Academia de Buenas Letras de Granada.

ANTONIO ENRIQUE
(Granada, 1953)

Antonio Enrique, de la Academia de Buenas Letras de Granada, cultiva la poesía, narrativa, ensayo y crítica literaria. Como poeta, ha publicado veintiún libros: *Poema de la Alhambra* (Granada, 1974), *Retablo de luna* (Granada, 1980), *La blanca emoción* (Madrid, 1980), *La ciudad de las cúpulas* (La Carolina, 1980; Melilla, 1981), *Los cuerpos gloriosos* (Granada, 1982), *Las lóbregas alturas* (Granada, 1984), *Órphica* (Rota, 1984), *El galeón atormentado* (Córdoba, 1990), *Reino Maya* (Algeciras, 1990), *La Quibla* (Madrid, 1991), *Beth Haim* (Granada, 1995), *El sol de las ánimas* (Albox, 1995), *Santo Sepulcro* (Madrid, 1998), *El reloj del infierno* (Granada, 1999), *Huerta del cielo* (Málaga, 2000), *Silver shadow* (Granada, 2004), *Viendo caer la tarde* (Huelva, 2005), *Crisálida sagrada* (Córdoba, 2009), *Cisne esdrújulo* (Granada, 2013), *El amigo de la luna menguante* (Barcelona, 2014) y *Al otro lado del mundo* (Málaga, 2014).

La Armónica Montaña (Akal, 1986), *Kalaát Horra* (Muñoz Moya, 1991; reeditada con el título *Las praderas celestiales*, Comares, 1999), *La luz de la sangre* (Osuna, 1997; Quadrivium, 2008), *El discípulo amado* (Seix Barral, 2000), *Santuario del odio* (Roca, 2006), *La espada de Miramamolín* (Roca, 2009), *El hombre de tierra* (Padaya, 2009), *Rey Tiniebla* (Almuzara, 2012) y *Boabdil, el príncipe del día y de la noche* (Dauro, 2016) constituyen sus novelas, siendo autor asimismo de *Cuentos del río de la vida* (1991 y 2002).

Su labor crítica está contenida en unos cuatrocientos comentarios, en revistas y prensa. Como ensayista, cuenta con los libros *Tratado de la Alhambra hermética* (1988, 1991, 2005; edición inglesa, 2007), *Canon heterodoxo* (2003 y 2012), *Los suavísimos desiertos* (2005), *El laúd de los pacíficos* (2008), *Erótica celeste* (2008), *Las cavernas del sentido* (2009) y *Metidos en una pompa de jabón* (2015). Es autor, asimismo, de *70 menos uno: antología emocional de poetas andaluces* (El toro celeste, 2016).

Decidido impulsor de la Literatura de la Diferencia, movimiento al que dio nombre, en 1994 cofundó el Salón de Independientes, al que se unió más de un centenar de escritores. Desde su fundación, y hasta 2013, intervino en los jurados que conceden los premios de la Crítica andaluza. Presidente honorario del Instituto Iberoamericano de Estudios Andalusíes. Reside en Guadix, ciudad en la que se jubiló tras treinta y cuatro años de vida docente y en la que está al cuidado del Aula Abentofail de poesía y pensamiento. En 2014, la Diputación de Granada le concedió la Medalla de Oro de la provincia. En 2015, el claustro de profesores del instituto donde ejerció puso su nombre a la biblioteca del centro. Y en 2016, la Fundación Andrés Bello le otorgó el premio a la Obra Narrativa Completa.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 4 de octubre de 2016,
festividad de San Francisco de Asís,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXVI

